

## “ VIVOS RECUERDOS “

Desde la atalaya de la ventana de la escuela, la maestra divisaba en la lontananza a los cinco niños escolarizados que jugaban a la guerra de los barruecos.

Los cuarenta centímetros de nieve surtían de abundante munición los treinta minutos de recreo. ¡Te he dado, te he dado, estás muerto!... y el intercambio de balas blancas iba cobrando sus víctimas. ¡He ganado, he ganado!... y tras la resurrección milagrosa de todos los soldados muertos, la batalla comenzaba de nuevo.

Aquel veinte de diciembre del sesenta y ocho era viernes y último día de escuela que daba paso a tres semanas de recreo. Con gran alborozo corríamos por las estrechas buelgas, laboradas por nuestros padres, que nos marcaban el camino de regreso a casa. En nuestras cabezas se iban atropellando los proyectos y las prisas por aprovechar las escasas horas de luz que el solsticio invernal nos robaba.

Antes de que el laberinto de caminos rompiera la formación había que programar lo que quedaba de día. Tras un breve guirigay, en el que cada uno gritaba sus propuestas sin escuchar las de los demás, la transigencia dio paso al acuerdo, y “aquellos locos bajitos” apuraban la tarde sin dejar tiempos muertos.

El ambiente navideño era precedido por el gastronómico. El reciente sanmartino abovedaba la casa de humo con varaes encorvados por el peso de tantos embutidos, yoscós, barbadás y jamones. El fuego vivo del llar calentaba una enorme caldera de cobre con agua, sujeta de las pregancias, donde las escurridizas morcillas se citaban para el baño.

El enorme horno, de piedra, teja y barro, brillante como un infierno, se preparaba para fundirse en un caluroso abrazo con la masa madre de centeno.

Los guajes no perdíamos comba de todo lo que acontecía entre fogones en víspera de la Nochebuena, prestándonos voluntariosos a los “vete y tráeme” o “toma y lleva” de las cocineras, queriendo ser parte activa de aquel ajeteo inusual. La abuela desempolvaba las recetas del mazapán y los fisuelos, mientras el hombre de la casa se afanaba en hacer mañizas de yerba y paja, adelantando trabajo para que la Nochebuena y la Navidad fueran más festivas y la sobremesa no se viera interrumpida por las ineludibles labores cotidianas.

La Gran Noche transcurría festiva y alegre y la mesa, más concurrida que de costumbre, estrenaba mantel bordado y lucía su mejor vajilla. La jarra de vino iba y venía del pellejo a la mesa con demasiada frecuencia y las conversaciones se entrecruzaban e iban subiendo de tono.

Nada era frugal aquella noche y las bandogas, acostumbradas a estirarse poco y plegarse mucho, se iban inflando parsimoniosamente como odres, mientras los niños esperaban impacientes la bandeja de los dulces. El café de puchero y los licores remataban la pitanza, dando paso a los villancicos que la abuela amenizaba con sus dos instrumentos de percusión: la pandereta y la botella de anís.

Los días transcurrían apacibles y gran parte del tiempo lo pasaba en la empresa de mi padre, la cuadra. Allí fui aprendiendo el oficio, que más que un trabajo me parecía la mayor de las diversiones. Dar el biberón a un ternero huérfano, estrujar el teta de una vaca intentando que saliera el fino hilillo blanco, peinar la crin zaina del dócil caballo o imitar el gruñido del cerdo o el cacareo de la gallina ponedora, eran mis dibujos animados preferidos, y yo el actor principal.

También las noches tenían su encanto y muchas de ellas, después de las sopas de ajo y el rezo obligado del rosario, envueltos en mantón negro y áspero y herrados con madreñas, nos íbamos a pasar un buen rato de hilandero a casa de cualquier vecino, a la luz de un farolillo. El cepo de urz se consumía lentamente y entorno a él los gatos dormían ajenos a las hermosas historias que allí se contaban, o quizás arrullados por ellas. Un abuelo, con manchas de nicotina añeja en los dedos, desnudaba un "Ideales" para liar tres pitillos con los que pasar toda la velada, y los niños, atentos a cuentos, refranes y paremias íbamos grabando aquella tradición oral tan rica en sabiduría. De regreso a casa, la nieve había borrado las marcas de las madreñas y desde los aleros, los amenazantes carámbanos intimidaban nuestro paso. En mi cabeza seguían dando vueltas las historias de caza de lobos y corzos hasta que el sueño me vencía.

Aquellas Navidades eran distintas a las de cualquier niño de hoy. El entorno rural marcaba su propia huella. Teníamos poco de todo, pero lo poco que teníamos era más auténtico, más nuestro. Los escasos juguetes que había eran heredados, como los libros y los pantalones, de los hermanos mayores. Y a menos que el cebón se vendiera a tiempo, un año más, al lado de los brillantes zapatos negros, los Reyes Magos solo dejarían decepción, caramelos y unas avellanas. Pero lejos de recurrir al reproche, nuestra creatividad se crecía ante la exigua realidad y un trozo de madera, un hilo de alambre o una caja de zapatos vacía, pronto se transformaban en peonza, flor o camión de bomberos, quedando marcados para siempre con el hierro de nuestra imaginación.

Dicen que la vejez comienza cuando el recuerdo es más fuerte que la esperanza.

Creo que me estoy haciendo mayor.